la naturaleza, y como los árboles y las flores, tenia yo tambien mi parte en la nueva sávia... Caminábamos juntos, querido Raoul, por medio de un paisaje encantador.... Tú me decias: "*Apóyate en mí, alma mia.... quiero sostenerte....*" Y yo te respondia sonriendo: "*¿Para qué es preciso sostenerme? ¡ya no tengo necesidad!*" Y empezaba á correr lo mismo que en el tiempo en que era niña, antes de conocerte, antes de amarte.... Me sentia tan fuerte y tan ligera, que me figuraba tener alas.... Casi temia el empezar á volar... Tú me gritabas... "*¡Vuelve á mi lado!....*" Obedecia alegre, y tú me tendias los brazos para que me arrojase en ellos, exclamando: "*¡Te amo!....*" ¡Ah! ¡me sentia llena de vida y muy feliz tambien! ¡Qué hermoso sueño, querido Raoul!.... ¡Sí! ¡quizá demasiado hermoso!.....

Se inclinó la cabeza de Juana y se humedecieron sus pestañas.

El señor de Gordes, sin responderle, la dió un abrazo y salió del cuarto diciendo á Renée:

—"¡No os olvideis!"

.....

Eran las tres menos cuarto.

---



## XXIX

El señor de Gordes se volvió á su cuarto penetrando en su despacho, donde le esperaba Máximo.

Entre los dos no llegó á cruzarse ni una sola palabra.

Raoul extendió la mano hácia el péndulo, y el doctor inclinó la cabeza por toda respuesta.

Estaban de pié el uno frente al otro, mirando con gran atencion la marcha del reloj; el horario estaba muy próximo al signo III y la manecilla se acercaba al XII. Pasaron cinco minutos.

—Ya es hora... venid..—dijo Máximo con voz tan baja que Raoul mas bien adivinó que oyó estas palabras.

El conde y el doctor ahogaban el ruido de sus pasos en el espeso tapiz de la galeria, y llegaron á una de las puertas del cuarto de dormir de Juana.

Esta puerta, que Raoul habia cerrado cuando salió, estaba ahora medio abierta.

Máximo, que marchaba adelante, la empujó con alguna precaucion y paseó una rápida mirada por el interior del cuarto.

—Nadie..—murmuró volviéndose apenas.—Señor conde, podemos entrar.

La condesa estaba sola:... Las tres iban á dar.

Renée acababa de entrar en el laboratorio para buscar la pocion.....

Genoveva la habia seguido furtivamente despues de haber entreabierto la puerta que daba á la galeria.

Máximo se acercó precipitadamente al lecho.

Juana le recibió con una sonrisa.

—¿Ya de vuelta, querido doctor? ¿como así? ¿pues no estábais ausente?

En lugar de responderle, sacó el jóven de su bolsillo una cajita de carton, abriéndola.

Sacó de ella un pañuelo de fina batista, en el que vertió algunas gotas del contenido que habia en un frasquito microscópico.

—Señora condesa—le dijo en seguida, presentándole el pañuelo á Juana,—respirad esto, os lo suplico.....

—Obedezco siempre, ya sabeis—murmuró la pobre enferma.

Apoyó ligeramente en su nariz el fino lienzo ligeramente humedecido.

Al mismo tiempo un olor *sui generis* manifestó la presencia de cloroformo, esparciéndose por todo el cuarto.



No habia trascurrido la cuarta parte de un segundo cuando empezaron á temblar los párpados de Juana y su lánguida mano dejar de sujetar el pañuelo.

—¡Sostenedla!—dijo Máximo á Raoul,—La anestesia es completa.... Si cayera un rayo en este cuarto, la condesa seguramente no lo sentiria.

El señor de Gordes se apresuró á rodear con su brazo las espaldas de Juana, volviendo á ponerle la cabeza en las almohadas de una manera delicada y tomando las mayores precauciones.

A no ser por la tranquila respiracion de la condesa, se la hubiera podido suponer muerta, viendo sus ojos abiertos, fijos y sin mirada, de una manera extraña.

Al verla Raoul en esta situacion, un temblor nervioso agitó su cuerpo.

—¿Me jurais, doctor—preguntó con trémula voz—que no hay ningun peligro inmediato?

—No lo hay, os lo juro por mi honor—respondió Máximo.

Mientras esto tenia lugar en el dormitorio de Juana, Renée, con el paso lento y automático de una sonámbula, habia penetrado en el cuar

to que servia de farmacia y que se llamaba laboratorio.

Este cuarto era un poco bajo, porque estaba situado en el espacio de un piso convertido en dos hacia algunos años para poder construir una escalera de servicio, y estaba iluminado por una ventana que daba al parque.

Al frente de esta ventana habia una especie de ojiva con cristales que daba un poco de luz á un oscuro corredor que nadie frecuentaba, porque la construccion de la escalera le habia cortado la salida.

Renée entró.

Nunca su hermosa cabeza habia tenido un aire mas trágico. Sus grandes ojos de sombrias pupilas indicaban una resolucion feroz é irrevocable á la vez.

Su nariz se dilataba.

Sus labios, levantados por una risa inconsciente, dejaban adivinar el esmalte de sus hermosísimos dientes.

El conjunto de esta criatura admirable, era siniestro en este momento.

Se aproximó á la mesa que estaba colocada en medio del laboratorio.

Sobre la misma habia una botellita conteniendo la pócima que poco tiempo antes habia preparado Máximo, y cerca de ella estaba una



taza de porcelana de Sajonia y una cuchara de plata sobredorada.

La hermana de Juana cerró tras sí la puerta, dando dos vueltas á la llave para evitar cualquier sorpresa, por mas que la ausencia simultánea del doctor y del conde debieran ponerla al abrigo de toda clase de temor.

Si le hubiese podido ocurrir la idea de dirigir sus miradas hácia el óvalo, habria visto aunque vagamente, ó mejor dicho habria adivinado detras de los empolvados vidrios un rostro pálido y de mirada amenazadora, que era el de Genoveva.....

Pero no levantó la cabeza, y con mano segura, con la precision que se adquiere por la costumbre, completó su obra.

Ante todo sacudió la botella y llenó la taza casi enteramente, desabrochó los corchetes de la parte superior de su corsé y deslizando sus ágiles dedos por entre sus dos senos, sacó de este asilo inviolable, segun el casto Luis XIII, un diminuto frasco de cristal, cerrado con tapon esmerilado que contuvo en otro tiempo sales inglesas inofensivas.

Este frasquito estaba casi lleno de un líquido incoloro y de imperfecta trasparencia.

Renée lo destapó, vertió en la taza casi todo su contenido, y le agitó con la cuchara para que pudiese mezclarse; enjugó ésta cuidadosamen-

te, porque el metal acababa de ser atacado instantáneamente por un ácido, colocó el frasco en el sitio que antes ocupaba, abrochó los corchetes del corsé y se dispuso á abandonar el laboratorio.

Con una mano cogió la taza. Abrió la puerta con la otra y salió; despues, con aquel paso lento y automático, paso de sonámbula, se dirigió hácia su cuarto, que era preciso atravesar para poder llegar en línea recta al de su hermana.

A la vez que marchaba ella, se iba diciendo quizá por la milésima vez:

—Juana me ha robado todo, nombre, título, fortuna y corazon.... Empiezo por rescatar el nombre, la fortuna y el título.... Mas adelante, cuando sea la mujer de Raoul, reconquistaré tambien el corazon!.....

Llegó y atravesó su saloncito, su cuarto de dormir y su gabinete de tocador, que estaba contiguo al cuarto de la condesa.

Todas las puertas estaban abiertas.

Un silencio profundo, silencio de muerte, reinaba en el castillo.

—Todo habrá acabado antes de una hora—pensaba Renée.—Cuando vuelva Raoul no estará ya viva.

Entró en el cuarto de Juana en que no habia mas que dos anteportas de tapiceria. Se-



paró una de las hojas y penetró. Pero no pudo seguir mas adelante.

Dos brazos extendidos le impedian el paso. A la izquierda estaba Raoul, á la derecha Máximo.

El señor de Gordes cogió la taza, que en el primer momento de sorpresa se dejó arrebatar Renée; al mismo tiempo decia el doctor:

—Esta vez es la dósis bastante fuerte para acabar de un golpe, ¿no es verdad?

Renée vaciló como el que en un desafío se siente herido de una manera mortal. Toda la sangre se le agolpó al corazon, adquiriendo la palidez mate de sus mejillas todos los tonos de los colores lívidos y verdosos.

Pero no era mujer que se entregara vencida sin haber luchado, y además, aunque la partida estaba en apariencia comprometida, quizá pudiera ganarse todavia.

Estos dos hombres sabian seguramente algo; el lazo que acababan de tenderle haciéndola creer en una ausencia falsa, era una prueba indiscutible.....

Pero, ¿qué era lo que sabian?

¿Tienen únicamente una sospecha, ó habian adquirido una seguridad?

Esto es lo que importaba saber al momento.

Renée se mostró tranquila.

Miró sucesivamente á su cuñado y al doctor

con una expresion de profunda extrañeza, y contestó con tono seguro:

—¿Estoy soñando?.... ¿Qué sucede?.... Os suponia á los dos lejos de aquí, y os encuentro cerrándome el paso con un aspecto propio del otro mundo.... No comprendo qué es lo que habeis querido decir, señor Máximo.... Y vos, Raoul ¿por qué me habeis quitado la taza?

—¿Y vos me preguntais por qué?—gritó el conde.

—Naturalmente, puesto que lo ignoro.

—¡Vais, pues, á saberlo!—respondió el doctor.—Es para entregarla á un reconocimiento facultativo y judicial en que tomaré parte, y para reconocer el veneno que debia matar á vuestra hermana.....

—¿El veneno?—repitió Renée haciendo todavia un esfuerzo para contenerse, aunque jadeante ya, como la fiera cogida en un lazo y que vé imposible la huida.—¿El veneno?.... ¿Pero he comprendido en verdad la monstruosa acusacion que encierran vuestras palabras?

—Habeis comprendido perfectamente, y la acusacion es tan formal como flagrante es el crímen. ¡Qué infamia! ¿Osais negar?

—¿Qué si me atrevo á negar? Sí, niego rotundamente. Niego con todas los fuerzas de mi indignacion, y únicamente respondo con mi desprecio á los infames que insultan á una mujer.



—¿Pretendeis ser inocente?

—Pretendo serlo, y lo soy.....

—Probadlo, pues.

—¿Y como?

—Bebiéndoos esta pocion.

Sin vacilar y sin reflexionar, contestó Renée:

—Estoy dispuesta á hacerlo.....

Máximo habia cogido la taza de manos de Raoul.

La presentó á la jóven, que la tomó, llevándola de una manera furiosa á sus labios y apurando su contenido hasta la última gota, y la arrojó á sus piés ya vacia.

—¿Estais contentos?—preguntó con una risa tan espantosa á la vista como al oido.

—Sí—contestó el doctor.—¡Estoy contento, porque se ha hecho justicia!.... La enormidad de la dósis que habeis vertido en ese brebaje obrará de una manera rápida en vuestro organismo, que aún está vírgen de veneno.... Antes de una hora estareis muerta, y mientras tanto nos constituimos en vuestros guardianes de vista.....

## XXX

Al escuchar Renée estas terribles palabras